

- Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Departamento de Historia.
6. Ayala Diago, César Augusto, *Exclusión...*, pág. 42.
  7. *Ibíd.*, pág. 41.
  8. *Ibíd.*, pág. 71.
  9. *Ibíd.*, pág. 194.
  10. *Ibíd.*, pág. 57.

## Las respuestas de la historia

### Colombia. Preguntas y respuestas sobre su pasado y su presente

*Diana Bonnett Vélez, Michael LaRosa, Mauricio Nieto (comps.)*

Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Historia (CESO), Bogotá, 2010, 375 págs.

El libro es una compilación de catorce artículos de trece especialistas, con una presentación de Jorge Orlando Melo. De esta última hay que decir que en breves párrafos hace un apretado recuento de la relación económica y académica de los Estados Unidos con Colombia, en la que, a excepción de los quince años que mediaron entre la pérdida de Panamá y el restablecimiento de relaciones entre ambos países, Colombia siempre ha sido solidaria y sumisa a los mandatos del Imperio, la mayoría de los cuales en contra de sus propios intereses, y de las de otras naciones amigas y/o tercermundistas. Aunque no lo dice, sí queda explícita una pregunta que a algunos científicos colombianos nos ha rondado: ¿Por qué, siendo Colombia un incondicional aliado de los Estados Unidos, el mundo académico estadounidense no muestra un interés mayor por su incondicional y leal aliado? Al final, Melo da una clave, según la cual “Colombia es un país lleno de paradojas y contradicciones”, lo que muchos de los “colombianistas” han resaltado como la dificultad, o gran reto, a la hora de estudiar el país. Unas páginas más adelante (págs. 93 y 94), cuando Margarita Garrido analiza el

Virreinato de la Nueva Granada, suministra otra clave a la pregunta implícita de Melo: “nuestro virreinato fue una entidad de segundo orden con respecto al de Nueva España (México) y el del Perú, de manera fundamental por no tener grandes imperios indios”. Es decir, que el imperio moderno, el de los Estados Unidos de Norteamérica, nos sigue considerando como una nación de segundo orden; en mi concepto, ese segundo orden no solo ha marcado nuestras relaciones académicas e intelectuales con la potencia, sino nuestra mentalidad y nuestra idiosincrasia. Somos conformistas en todo, solo un ejemplo, ahora que nos encontramos en las eliminatorias para el Mundial de Fútbol, se dice por parte de los especialistas que si bien nos va estaremos disputando el “repechaje” y, según parece, a ese objetivo le está apuntando la Federación de Fútbol y el cuerpo técnico. El conformismo es, pues, un efecto de ser una nación de segundo orden.



En cuanto a los compiladores los tres ya han hecho trabajos del mismo tipo, experiencia que les sirvió para construir la obra; la escogencia de los autores es acertada, es una buena mezcla de las diferentes generaciones de generaciones de historiadores, desde los fundadores de la Nueva Historia, hasta los de re-

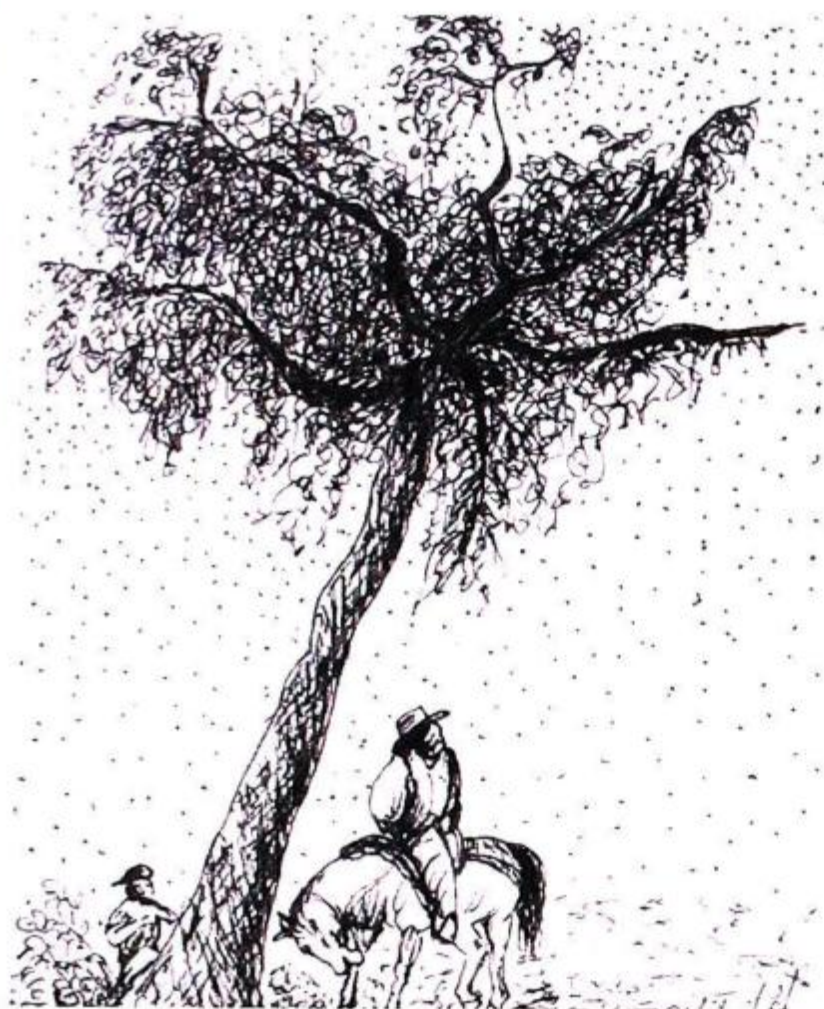
ciente generación. En general, se alejan de las tendencias y concepciones tradicionales impuestas por la Academia Colombiana de Historia, y presentan sugerentes y novedosos argumentos.

Cada uno de los autores es especialista en la temática que se le encomendó. La mayoría de los artículos son síntesis de investigaciones y libros ya presentados, pero convenientemente actualizados. Es el caso del artículo de Fernán Enrique González, sobre la evangelización o conquista espiritual en la Conquista y la Colonia; el de Margarita Garrido, sobre la cultura política en la Nueva Granada del siglo XVIII; el de Rigoberto Rueda Santos, sobre las guerras de independencia y participación de las clases populares en la Nueva Granada; el de Germán Mejía, sobre el poblamiento de Colombia entre 1810 y 1910, estos dos últimos son los que más se alejan del patrón anotado, pues son una síntesis de trabajos relativamente recientes sobre la Independencia y el ordenamiento territorial. Se vuelve a la tendencia inicial en los de Mauricio Nieto, centrado en el desenvolvimiento de la ciencia durante el reinado de Carlos III, es decir sobre las Reales Expediciones Botánicas; el de Rafael Antonio Díaz Díaz, sobre los aportes de los afros a la sociedad colombiana; los dos de Luis Javier Ortiz, sobre la Regeneración y la Secesión de Panamá; el de Mauricio Archila, sobre movimientos sociales e izquierdistas colombianos en el siglo XX y el de Decsi Arévalo Hernández, sobre la economía colombiana en el siglo XX.

Los artículos de Garrido, Nieto, Díaz y Archila, responden a tesis doctorales ya defendidas y publicadas, lo que garantiza su solidez; mientras que los de Guhl, al que me referiré un poco más adelante, y el de Rueda Santos, son, si me permite el término, de “construcción” o de “tránsito” para el libro; denotan autores que al parecer están madurando un texto más amplio. Los de González y Mejía son escritos por especialistas, pero no en el tema o en la época; González lo es en las



relaciones entre el Estado y la Iglesia en el siglo XIX, mientras que Mejía lo es en la ciudad, pero su trayectoria investigativa, intelectual y académica, les permitió escribir buenos artículos con aportes y sugerencias importantes.



Los artículos que presentan problemas son los de Andrés Guhl, sobre el espacio geográfico colombiano, y el de Carl Henrik Langebaek, centrado en los grupos indígenas precolombinos, de la Conquista y la Colonia. Aunque buenos y con interesantes planteamientos, desequilibran el conjunto, pues dejan algunos cabos sueltos, que luego los otros autores tratan de amarrar y completar. Por ejemplo, los mencionados artículos son completados por Fernán González, cuando toca aspectos neurálgicos (págs. 65 y siguientes) que los autores en referencia dejaron de lado pero que son fundamentales a la hora de entender el poblamiento a partir de la Colonia: la Iglesia se estableció con mayor facilidad en las regiones donde se encontraban las encomiendas más ricas y numerosas, con mayor densidad demográfica y una organización social más compleja. Esta diferenciación regional de la presencia de la Iglesia en Colombia perdura aun hoy, aunque con algunas modificaciones. También toca un aspecto no muy tratado: el del aspecto religioso del mestizaje y en especial el

sincretismo, que fue una estrategia de supervivencia de las tradiciones indígenas y afro. Así mismo, hace una rápida exposición de la reorganización territorial durante los Borbones, que complementa algunos cabos sueltos del artículo de Guhl, en especial, porque utiliza textos de la época (Relaciones de Mando, Visitas como las de Moreno y Escandón, Oviedo, etc.), como también obras clásicas como la de Virginia Gutiérrez de Pineda.

El artículo que más presenta problemas es el de Langebaek, el cual es una mirada eminentemente arqueológica del poblamiento colombiano, lo que lo hace novedoso, pero muy alejada de su formación inicial de antropólogo y, sobre todo, de los innegables aportes de la historiografía colombiana; es así como la demografía que presenta es discutible, la parte precolombina es mejor tratada que la de la Conquista. Tanto el artículo de Langebaek como el de Guhl, tienen su complemento en el de Margarita Garrido quien, por ejemplo, se atreve a dar cifras sobre la declinación demográfica indígena, como del crecimiento de los sectores mestizos o de castas; contradice el artículo de Guhl, pues afirma y muestra que los historiadores, sin olvidarse del tiempo, sí se preocupan por el poblamiento del territorio.

De lejos, los mejores artículos son el de Salomón Kalmanovitz, sobre las consecuencias económicas de la Independencia en Colombia, y el de Carlos Mario Perea, sobre la Violencia en Colombia durante el siglo XX. El de Kalmanovitz, independientemente del neoliberalismo que ha impregnado sus más recientes obras, entremezcla trabajos anteriores de su autoría, con una investigación en curso, lo que le da una frescura que no encontramos en otros, por ejemplo, las cifras que presenta sobre el PIB en la época colonial y posterior a la Independencia, son un elemento nuevo y útil dentro del análisis de la historia económica colombiana. De un tiempo a esta parte, el profesor Kalmanovitz ha escrito sobre las tenden-

cias tradicionales y nuevas de la historiografía colombiana, resaltando sus pros y sus contras; aquí continuó con esa línea, pero cuando tiene que ser crítico con los nuevos no le tiembla la pluma, como lo hizo (págs. 133 a 137) cuando establece distancia conceptual con los enfoques de los historiadores extranjeros Rafael Dobado, Gustavo Marrero y Leandro Prados de la Escosura, y es tajante al afirmar, en la página 136, que la economía no procede de forma lineal, siguiendo una trayectoria de largo plazo inducida por factores técnicos, demográficos, geográficos, o de distribución de factores, que se pueden estimar y explicar con métodos econométricos, sino que está incrustada dentro de un sistema político y social que tiene fuerte injerencia sobre ella.



Por su parte, el de Perea, es quizá el que más se ajusta al subtítulo del libro: preguntas y respuestas sobre su pasado y su presente, pues parte de dos preguntas, consideradas por él como acuciantes: ¿Por qué se ha prolongado tanto tiempo el conflicto armado y en razón de qué resulta tan escurridiza la paz? ¿Cuándo empezó el desangre y por qué tanta muerte no sirve para el inicio de un nuevo tiempo? A partir de resolver éstas, y establecer otras nuevas, desarrolla un interesante artículo que da cuenta de los cuatro episodios que han marcado el devenir histórico de Colombia en los últimos 110 años: la Guerra de los Mil Días, los enfrentamientos al inicio de la República Liberal (1930-1934), la Violencia de mediados del siglo XX,



la violencia contemporánea de 1965 al presente mostrando la intensidad y persistencia del fenómeno violento, como su discontinuidad y continuidad; la conclusión última (pág. 338), que establece es desalentadora: “la paz será impensable sin un proceso desde abajo, desde un trabajo de artesanía en la reconstrucción del vínculo y la convivencia” ya que varios sectores de la clase dominante no están interesadas en ello, o si no véase las encendidas protestas y polémicas que se han generado a partir de los planteamientos del actual Gobierno en torno a la restitución de tierras, etc.

Una gran virtud del volumen es que como el libro está orientado a un público amplio, no especializado, su virtud radica en que “cualquier hijo de vecino” nacional o extranjero, pues la obra ha sido o está en proceso de traducción al inglés, puede informarse, tener una visión bien argumentada y sólida de los hechos del poder, de la producción y del conflicto. Sin embargo, hacen falta algunos artículos para completar el cuadro: de la época colonial se echa de menos uno sobre la ocupación del territorio, y otro sobre las formas de trabajo colonial (encomienda, mita, hacienda, minería, etc.), el siglo XIX necesita uno sobre el proceso político y económico posterior a la Independencia hasta el arranque de la Regeneración, el siglo XX uno sobre la política. Tales carencias hacen que por momentos el lector quede un tanto desorientado. Por último, el libro está dedicado al profesor Jaime Jaramillo Uribe, con quien, como bien lo dice la dedicatoria, los historiadores siempre estaremos en deuda. En realidad, bien mirado, el volumen recoge muchas de las inquietudes que por años han acompañado al gran pionero de la Nueva Historia colombiana. Igualmente, el criterio de selección y escogencia de autores y temáticas, es similar a la que Jaramillo utilizó en el *Manual de historia de Colombia* (1978, 1979, 1980), existiendo una gran diferencia, en los treinta años que van del *Manual a Colombia. Preguntas y respuestas*, la historiografía colombiana

na se ha profesionalizado, tecnificado y diversificado, gracias a la labor pionera de Jaramillo, de una manera impresionante.

JOSÉ EDUARDO RUEDA  
ENCISO

Profesor titular,  
Escuela Superior de Administración  
Pública (ESAP)

## ¿Qué queda de los puertos en las ciudades?

### Ciudades portuarias en la Gran Cuenca del Caribe. Visión histórica

Jorge Enrique Elías Caro  
y Antonino Vidal Ortega (eds.)  
Barranquilla, Ediciones Uninorte;  
Santa Marta, Universidad del  
Magdalena, 2010, 539 págs., il.

Un viajero que llegase en su carro desde “los Andes” a Barranquilla deseoso de ver al mar se perdería porque no hay señalización que lo conduzca; así mismo, querrá ver el paso del río Magdalena por la ciudad, pero el río quedó escondido por la zona industrial. ¿Qué tan Caribe es Barranquilla? ¿Se sienten los habitantes de Maracaibo del Caribe? ¿En verdad, han construido su identidad alrededor del Caribe?

Cierta historiografía ha querido construir un discurso de identidad alrededor “del Caribe”, “lo Caribe”. El libro que reseñamos se propone estudiar a Santa Marta y Cartagena como ciudades portuarias en forma comparativa con Veracruz, La Habana, Maracaibo y Trujillo (Honduras). Los editores de la obra son los investigadores de la Universidad del Magdalena, Jorge Enrique Elías Caro y Antonino Vidal Ortega, quien en la actualidad es investigador del Grupo de Investigaciones en Historia y Arqueología del Caribe Colombiano de la Universidad del Norte, ha publicado ya varias obras como *Cartagena de Indias y la región his-*

*tórica del Caribe, 1580-1640*<sup>1</sup>, con Álvaro Baquero Montoya ha compilado documentos claves del siglo XVI de Santa Marta, *De las Indias remotas... Cartas del Cabildo de Santa Marta (1529-1640)* y ha contribuido con la excelente trilogía acerca de la historia de Cartagena publicada por la sucursal del Banco de la República en esa ciudad. Además, Vidal fue el creador de la primera revista digital de historia de la costa Caribe, *Memorias*. Por ello, su trabajo se inscribiría en un proyecto de largo aliento para impulsar la disciplina histórica en Barranquilla, como lo ha venido haciendo la Universidad del Atlántico a través del pregrado en Historia y la revista *Historia Caribe* que ya se aproxima a sus veinte números consecutivos.



El texto que reseñamos, es la segunda obra, en verdad como editor y autor de un ensayo, publicada por el historiador sevillano en compañía del profesor de la Universidad del Magdalena Jorge Enrique Elías Caro y es resultado de las memorias de un seminario realizado en Santa Marta convocado por la Universidad del Magdalena y la Universidad del Norte que contó con investigadores de Cuba, España, México, Venezuela y Honduras.

El título de la obra, *Ciudades portuarias...*, sugiere que se trata de la historia urbana de aquellas urbes moldeadas por el puerto o que éste haya sido el eje articulador de la ciudad, o que el trasegar de éstas, sus “imaginarios” tengan la impronta del puerto. No sabemos si los hombres